

ANGEL MA.
DE LERA

A NOCHE SIN RIBERAS

1

Un patio cuadrangular, tres de cuyos lados lo formaba una construcción de mampostería de dos plantas con dos filas, paralelas y simétricas, de tragaluces enrejados. En los ángulos, ventanas protegidas también por rejas, en la planta superior; y, en la inferior, una puerta chapada y con mirilla. El cuarto lado era un murallón liso que separaba el departamento celular del resto de la inmensa prisión, con la que se comunicaba a través de una cancela de gruesos barrotes de hierro. Alrededor de los cuatro muros corría una acera de cemento agrietada y desportillada en algunos tramos... El espacio de tierra así cuadrículado recordaba que allí hubo, en algún tiempo, un conato de jardín, del que sólo quedaban cuatro pequeños y descuidados árboles, uno en cada esquina.

Ahora, en el centro, se veía una mesa cubierta con un paño blanco, sobre la que se alzaban un crucifijo, dos velas y un misal. Un sacerdote ventruado, de doble papada y calvo, celebraba misa ante tan escueto altar, ayudado por un hombre menudo, de cabeza ratonil, vestido con un traje de pana oscura. Tras ellos, más de medio centenar de hombres en formación, flanqueados por varios guardianes, asistían a la ceremonia con fastidio y desgana bien patentes.

La mañana se cernía en lo alto como una doncella azul, lejana, imposible, y palpitaba en el aire suave que movía las hojas de los raquíticos árboles y acariciaba voluptuosamente a los hombres de la formación, estremeciéndolos, porque les sugería que, al otro lado de aquellos muros, el campo se desparramaba por la llanura sin límites como una invitación a la huída, a la carrera, a ser viento y remontar los montes y los mares y ser libres, libres, libres.



El sacerdote rezaba rutinariamente las preces latinas que nadie escuchaba y el acólito farfullaba respuestas ininteligibles, levantaba el borde de la casulla cada vez que el oficiante doblaba la rodilla o trasladaba el misal de un extremo a otro de la mesa a una indicación de aquel.

—Dominus vobiscum.

Abría y cerraba los brazos, de cara a los presos, al tiempo de entornar beatíficamente los ojos e hinchar la doble papada, en ademán litúrgico de amor fraterno, aunque su voz, átona y ritual, dejase caer de sus labios las palabras como caen de los árboles las hojas secas en otoño.

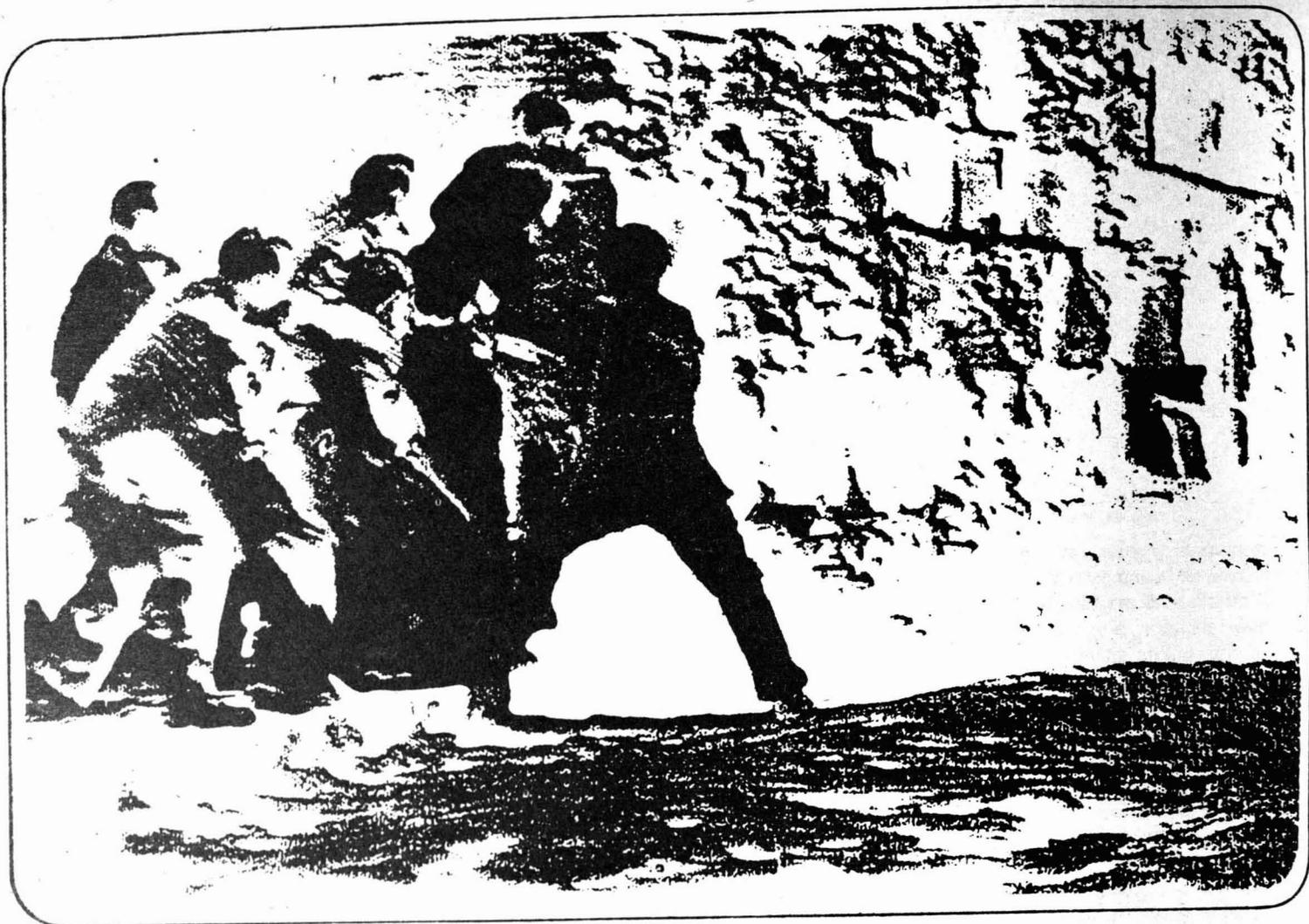
—Et cum spiritu tuo —respondió atropelladamente el acólito con trazas de ventero o albéitar rural.

La calma, el silencio y la indiferencia transformaban la escena real en una especie de pantomima fantástica, nebulosa y evanescente. Nada de lo que se hacía o decía ante sus ojos y oídos tenía sentido alguno para los hombres obligados a presenciar, formados en filas, como mudos testigos, aquel acto rutinario. Algunos de ellos permanecían con los ojos cerrados, quien miraba al cielo o se entretenía en contar los tragaluces y los barrotes de las rejas, quien se abstraía, con los ojos abiertos, pero sin ver lo que le rodeaba, en sus propias cavilaciones. No faltaban tampoco los que a través del hilo de miradas y guiños disimulados se transmitían sus acordes sentimientos de desdén y burla ante aquella farsa con pretensiones de función religiosa. Tal vez difirieran entre sí en que unos desearan que terminase cuanto antes, mientras que otros, en cambio, preferiesen que se prolongara con tal de respirar el aire que trascendía de la campiña, impregnado de un olor indefinible a vides, ortigas, herbazales y sequíos lejanos. Sólo los guardianes, estirados y serios, aceptaban su papel de funcionarios en acto de servicio, aunque les aburriera y les fastidiase.

De pronto, el sacerdote se volvió hacia los asistentes. Ya no había beatitud en sus ojos. La misa, como el altar, quedaban tras él. Ahora tenía enfrente a unas docenas de hombres que le miraban sin disimular el desprecio y la hostilidad que sentían hacia su persona.

—Queridos hermanos —dijo, tras cruzar las grandes y gordas manos sobre la curva ostentosa de su vientre de hombre bien cebado.

El incongruente saludo espolvoreó sonrisas ácidas en los labios de algunos de los oyentes mientras provocaba en otros fruncimientos de cejas y rictus de desdén. Hombre, queridos hermanos, ¿eh? Hermanos, ¿de qué, de cuándo, de cómo? ¡Vaya jeta que tiene el tío! Verás cómo intenta presentarse como amigo nuestro, pero “te hemos calao, bacalao”. No parece que le haya sentado mal la guerra, no. Míralo, a lo mejor ha sido secretario de alguna colectividad o de alguna cooperativa nuestra. Qué irá a decir el tipo éste. Es capaz de repetir aquello de que, si te dan una



bofetada en una mejilla, pongas la otra, el muy cabronazo. Desde luego, no creo que nos venga con la monserga de la amnistía. Venga, termina pronto y déjanos en paz. ¿A cuántos has tratado de confesar antes de que se los llevaran al picadero y a cuántos has bendecido después de haberlos fusilado? ¡Hijo de puta!

El oficiante continuó, después de una pausa:

—Renuncio por hoy a explicaros el Evangelio del día, porque me supongo que os interesa más saber dónde estais. No niego, no niego que sepais su condición. ¿Quién no ha oído alguna vez su nombre? Es famoso. Pero sólo lo conoceis de nombre y ahora lo vais a conocer por dentro, de verdad, y es conveniente que prepareis vuestro ánimo y se os diga desde el principio a qué ateneros para que os resulte menos penoso. . .

Hizo otra pausa y sonrió de nuevo. Los hombres de la formación empezaron a agitarse, a cambiar de postura, a mirarse entre sí sin disimulo y a mostrar descaradamente su repulsa a las palabras del cura. Este prosiguió, respondiendo intuitivamente a la réplica muda de sus oyentes:

—Sí, porque ésto no es como esas improvisadas prisiones de Madrid, donde la disciplina deja mucho que desear por la sencilla razón de que sus edificios, construidos para otros menesteres, no reúnen las condiciones necesarias. Esta, en cambio, es una prisión modelo, clásica, en la que el orden y la disciplina son muy severos. Habeis llegado a ella no por casualidad, sino a extinguir condena, una larga condena. Porque no debeis olvidar una cosa y es que estais aquí por la benevolencia del Caudillo, pues lo más seguro es que la mayoría de vosotros merecía estar ya en el otro barrio, criando malas.

Una tos y un carraspeo, seguidos inmediatamente de un nutrido

coro de toses y carraspeos, fue la respuesta del auditorio, y el orador se interrumpió, hasta que uno de los guardianes, alto, rubio, de cabeza erguida y con aspecto de girasol, se adelantó unos pasos y gritó, con voz chillona:

—¡Silencio! ¡Fir-més!

Se acallaron los rumores y los presos juntaron los pies. Luego, el sacerdote prosiguió en un tono mucho menos evangélico:

—¡Bien! Si todos fuérais inocentes, ¿quereis decirme quién dio martirio a tantos miles de sacerdotes y religiosos, quién mató a tantos buenos patriotas y cristianos?

Sus palabras eran gritos, estacadas. Naturalmente, nadie contestó sus preguntas, y el cura prosiguió, jadeante:

—No sé quién de vosotros lo haya hecho ni me importa, pero todos sois reos de la misma culpa. ¡Todos! —Hizo otra pausa para respirar hondo, y siguió diciendo—: Nosotros no queremos venganza, sino justicia. Ahora bien: una cosa es la justicia de Dios, Nuestro Señor, infinitamente misericordioso, quien ya os ha perdonado, y otra la justicia de los hombres, que exige el castigo y la expiación de la culpa aquí, en la tierra. Entended esto bien a fin de que no confundais la una con la otra. Por vosotros y otros muchos, muchísimos, se ha derramado tanta sangre en España y el país entero ha quedado en ruinas, sabe Dios por cuánto tiempo. Siendo así, ¿qué esperais? ¿Borrón y cuenta nueva? Eso, ¡nunca! Y desengañaos de una vez: no habrá amnistía ni perdones generales. Por demasiada blandura ocurrió lo que ocurrió. Si cuando la revolución de Asturias se hubiese hecho una justicia ejemplar, no hubiera sido necesario el 18 de julio. Eso está claro y, como está claro, yo os aseguro que no se volverá a repetir.

Una nueva pausa, otro respiro y, finalmente:

—Pesa sobre vosotros una condena de treinta años de reclusión mayor. Bien. A pesar de todo, yo no creo que la cumplais enteramente. No. Tantos años, seguramente no. Pero por lo menos veinte, sí. Veinte no hay quien os los quite. Así que haceros a esta idea, aceptadla y tratad de cumplir aquí dentro lo mejor posible y todo os resultará más fácil y llevadero. Y que Dios os bendiga.

Y se volvió bruscamente ante el rostro pétreo, un solo rostro, de todos aquellos hombres, que le mostraba el odio unánime por la impiedad y el sadismo con que acababa de abofetearlo.

La misa continuó a un ritmo más rápido. Cuando llegó el momento de la consagración, los reclusos, a una voz de mando, hincaron una rodilla en tierra, conteniendo a duras penas el grito blasfemo que les escocía la garganta. Luego, otra vez a pie firme, los hombres de la formación siguieron, impasibles y ajenos, el desarrollo de la ceremonia hasta el fin. Sólo comulgó el acólito.

—¡En filas de a dos! ¡Marchen!

La doble fila, sin garbo ni aire militar ni deportivo alguno, se dirigió entonces hacia la puerta chapada y con mirilla, que un guardián había abierto previamente, y penetró en el tétrico corredor con suelo de cemento, a cuyos lados se alineaban las celdas, cada una con su número y su mirilla o chivato y dispuestas de modo que ninguna puerta quedase enfrente de otra. Seis de ellas, situadas en el mismo lado, aparecían abiertas.

—¡Alto! —gritó un guardián al llegar la cabeza de la columna a las celdas abiertas, y añadió después—: ¡Cada uno, a su celda! ¡Rápido!

Una vez dentro, diez en cada celda construida para un solo inquilino, sus ocupantes se colocaron de nuevo en dos filas, frente a frente, permaneciendo en actitud rígida hasta la aparición del guardián. Entonces levantaron el brazo al estilo fascista y gritaron:

—¡Arriba España!

El grito se repitió seis veces y fue seguido de los correspondientes portazos y cerrojazos que ejecutaba el acólito corriendo tras el guardián.

Cuando al fin terminó todo y pudieron hablar, dijo Molina:

—¿Qué os parece el ejemplar de cura que nos ha tocado?

—¡Una mala bestia! —exclamó Agustín.

—Pues si el cura es así, ¿Cómo serán los carceleros?

Llegamos la noche anterior, en tren, con escolta de guardias civiles, muy animados por las noticias de la invasión de Polonia, que preludiaba, a nuestro juicio, una nueva conflagración mundial en la que se jugaría de nuevo nuestro destino, y todavía con las huellas de los abrazos y los besos de los seres queridos en la estación de Atocha de Madrid. Para muchos de nosotros casi era un viaje inútil pues pensábamos que retornaríamos muy pronto, libres y victoriosos, a consecuencia de la inevitable derrota de las potencias fascistas. Pero, desde la estación del ferrocarril donde nos apeamos hasta el penal había un largo, polvoriento y empi-



nado camino que debíamos recorrer a pie, cargados con los petates, maletas y fardales, en medio del hálito sofocante de los campos abrasados, y rápidamente perdimos el buen humor y empezamos a sentir los efectos del ahogo y del cansancio. Menos mal que los guardias civiles de la escolta nos permitieron detenernos de cuando en cuando para respirar y cambiar de hombro y mano los pesados equipajes. Cinco o seis meses de inmovilidad en la cárcel y de una alimentación apenas suficiente para subsistir nos habían debilitado físicamente hasta el extremo de que aquella marcha que en la guerra, cargados con el fusil y demás pertrechos militares, nos hubiera parecido un simple paseo, ahora nos exigiera un esfuerzo superior a nuestras fuerzas. Así que al alcanzar las primeras casas del pueblo, todos parecíamos extenuados. Tras un nuevo alto para reagruparnos, puesto que algunos, al no poder seguir el ritmo impuesto por la cabeza de la formación, se habían quedado muy retrasados, reemprendimos la caminata.

Ibamos en filas, bordeando las aceras en las que los vecinos del lugar, huyendo del calor retenido en el interior de sus casas, esperaban el sueño y la leve brisa que intermitentemente venía de la oscuridad, sentados en taburetes o en el suelo y con el botijo cerca. Se oyeron de pronto unos gemidos dolientes y corrió por entre los expedicionarios un estremecimiento de compasión. Era una vieja vestida de luto, sarmentosa, con pañolón negro sobre la cabeza, quien gemía, y Agustín quiso consolarla diciéndole en tono jovial, aunque le salió ronca la voz por el polvo y el reseco de la garganta:

—No llore, abuela. Ya verá usted qué pronto estaremos otra vez en libertad.

La columna se había detenido. La vieja, al oír las palabras de Agustín, levantó hacia él la mirada y, agitando las manos retorcidas, le gritó, con palabras entrecortadas y silvantes:

—Eso es lo que yo siento, canallas. ¡Deberíais estar todos colgados!

Agustín y los que, junto a él, recibieron en el rostro el soplo del odio de aquel ser caduco y engarabitado, se quedaron fríos. Ya no se habló más ni se detuvo la columna hasta encontrarse frente a la gran puerta de la prisión, flanqueada por las garitas de los centinelas.

Formamos en el cuerpo de guardia para el recuento y cambio de papeles y firmas entre el jefe de la escolta y el funcionario de prisiones que se hizo cargo de la expedición.

—¡De frente! ¡March!

Cargar otra vez con la impedimentá que por momentos pesaba más sobre los hombros y las manos doloridas de los portadores. Chirridos de cerrojos y rastrillos que, al cerrarse tras nosotros, nos engullían. Todo ejecutado con rapidez, atropelladamente, a la luz velada de unas sucias bombillas eléctricas.

Recorrimos un foso amurallado, sumido en la oscuridad, y,



finalmente, traspusimos una puerta, abierta en uno de los muros, para desembocar en un estrecho corredor, con puertas a ambos lados, sobre el que resonaban lúgubramente nuestras pisadas, e iluminado también por pobres y distantes puntos de luz.

— ¡Alto!

Allí nos esperaban otros tres funcionarios. El de más edad, delgado, con el estómago hundido, de cara rugosa y boca con dientes alternos, nos habló así:

—Acaban ustedes de entrar en este Reformatorio de Adultos y todos esperamos que se porten bien, que obedezcan y callen. Ahora ocuparán las celdas que se les han destinado. Diez en cada una. Apréndanse bien su número para que lo canten cada vez que tengan que llamar por algo. En los recuentos y en cualquier ocasión en que aparezca ante ustedes un funcionario, se pondrán en actitud de firmes, saludarán con el brazo en alto y gritarán ¡Arriba España! ¿Entendido? Lo demás lo irán aprendiendo sobre la marcha, pero sepan desde ahora que aquí se castiga con el máximo rigor cualquier falta a la disciplina. Y nada más por ahora. ¡Fir-més!

Y, en posición de firmes, cantamos el “Cara al sol”, cuyas briosas notas, salidas de gargantas resacas, y entubadas por los angostos y resonantes corredores, sonó, no como una alegre canción de juventud y de guerra, sino como un aullido de perro apaleado. Y, los tres gritos finales, como tres estacazos.

Entramos después en las celdas, construidas para un solo hombre, pero en las que habrían de convivir diez durante las veinticuatro horas del día. Una taza evacuatoria, una bombilla junto al alto techo, una mesa consistente en una tabla clavada

sobre dos maderos incrustados en el muro, un grifo, un cubo, un botijo y el tragaluz sin cristales, cruzado por dos gruesos barrotes de hierro en cruz, constituían el mobiliario y la decoración del habitáculo.

Inmediatamente se cerraron las puertas y sonaron brutalmente seis portazos que encogieron nuestros corazones. Y se apagó la bombilla.

Nuestro primer movimiento fue el de abalanzarnos sobre el grifo y el botijo, pero aquel estaba seco y, éste, vacío. Entonces, alguien propuso dar unos golpes sobre la puerta. Y así lo hizo. Otros le imitaron en las celdas contiguas y el túnel retumbó con los ecos múltiples y profundos del tableteo, hasta que se oyó, sobre el estrépito, una voz imperiosa:

— ¡Silencio!

Cesó automáticamente el aporreo de las puertas y la misma voz preguntó:

— ¿Qué número?

Y, a través de las mirillas, respondieron algunas voces:

— ¡La veintiuna!

— ¡La diecisiete!

— ¡La diecinueve!

Otra vez cortó la algarabía la misma voz de mando:

— ¡Silencio! —añadiendo—: ¿Qué quieren?

— ¡Agua!

— ¡Agua!

— ¡Agua!

— ¡Silencio!

Y, tras el silencio, el aviso:

— Sólo se da agua durante dos horas, por las mañanas, después del desayuno, para el aseo personal y de la celda. Tendrán que llenar el botijo para tener agua que beber durante el resto del día. Y ahora, ¡a callarse!

No pudimos extender los diez petates sobre el suelo de cemento de las celdas. Sólo cabían seis y hubimos de amontonar los demás en el hueco de la puerta. Luego, nos desnudamos a ciegas y nos dejamos caer sobre el duro lecho común, apretujados, rozándonos unos con otros, sudorosos, jadeantes, silenciosos, abatidos y martirizados por la obsesión de la sed, sin más deseo que el de quedarnos rápidamente dormidos para huir de aquella realidad hostil y denigrante. Ni siquiera Agustín tuvo ánimo para lanzar una de sus características humoradas. Al poco rato, sólo se oía el chasquido de las lenguas pastosas, porque cada uno de nosotros entreveía, tal vez, a la luz de la imaginación, recónditos hontanares que manaban, a borbotones, agua cristalina y fresca. Después, empezaron los ronquidos.

Entre tanto, la noche, con su oscuro e impenetrable rostro acuchillado por los barrotes, nos miraba desde su inmensa lejanía, muda e inmisericorde.